

Los falsificadores de la información

JOSÉ LUIS PINILLOS *

LAS decisiones que tomamos en la vida dependen en gran parte de la información que tenemos. Esta información nos llega cada vez en mayor proporción a través de los medios, de tal forma que de día en día resulta más difícil comprobar nuestros conocimientos por una inspección directa de los hechos. Esto quiere decir que nuestras decisiones dependen cada vez más de una mediación informativa que, aunque teóricamente debería reflejar la realidad y ampliar nuestro conocimiento de ella, en la práctica no lo hace siempre con la debida fidelidad. Unas veces porque sencillamente no es posible. Otras, porque hay quien falsifica la información con la deliberada intención de confundir a la opinión pública. Lo cual convierte a los medios en un incierto poder, que los franceses han bautizado con el nombre de *mediaklatura*, entre cuyas grietas se aloja el tremendo virus de la desinformación. En definitiva, falsificar la información es una forma taimada de atentar contra la libertad humana, tan peligrosa o más que la censura. Decía el viejo Fontenelle que más que lo que no sabía la gente le preocupaba lo que sí creía saber y en realidad ignoraba. Y éste es el punto sobre el que principalmente opera la desinformación. Se trata de confundir a la opinión pública, haciéndola creer que sabe lo que en realidad desconoce.

Creo que en mi caso, dada mi condición de psicólogo, la mejor manera de contribuir a defender el derecho a la información que se reclama en este número de CUENTA Y RAZÓN es, creo yo, que desenmascare algunas de las técnicas que utilizan corrientemente los servicios de desinformación. Por descontado, sería mejor poder desenmascararlas todas, ya que una vez conocidos los trampantojos pierden todo su poder persuasivo y hasta se vuelven contra quienes los emplean. Mas por desgracia el tema es inmenso, mis conocimientos limitados y el espacio de que dispongo también. Quizá en otra ocasión.

BABEL

* Bilbao, 1919. Catedrático de Psicología de las Universidades de Valencia y Madrid. Miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Aunque muchas de las técnicas desinformativas que se emplean actualmente fueran desconocidas en la antigüedad, no lo fue en cambio la desinformación misma, cuando menos en su versión verbal. Probablemente, desde que el hombre es hombre ha existido la manipulación por la palabra y, en cierto modo, puede decirse que el propio Yahvé no dudó en recurrir a la desinformación cuando quiso castigar la soberbia de aquellos habitantes de Babilonia que pretendían traspasar «la puerta de los dioses» —que eso es

lo que significaba originariamente *Bab-ilani*— y tocar el cielo con las manos desde lo alto de la torre que estaban construyendo. Para castigar ese gesto de soberbia, Yahvé no recurre al rayo o al terremoto, ni a ninguno de los Jinetes del Apocalipsis. Yahvé echa mano de la confusión lingüística, desorienta y dispersa a los rebeldes confundiendo su lengua; lo que hace es impedir que se entiendan entre sí, a través de la primera operación desinformativa en toda regla que registra la historia de la humanidad. El Señor daba al parecer por supuesto que la unidad de lengua favorecía la unión de los ánimos para acometer grandes esfuerzos y que, por el contrario, la diversidad lingüística era causa de confusión y enfrentamiento y esto es lo que hizo: «Era la tierra toda de una sola lengua y de unas mismas palabras lengua sola. Se han propuesto esto, y nada les impedirá llevarlo a cabo. Bajemos, pues, y confundamos su lengua, de modo que no se entiendan unos a otros» (*Génesis*, 11,7).

Pues bien, algo parecido es lo que por motivos no tan santos hacen hoy los falsificadores de la información. Tratan de evitar no que los hombres toquemos el cielo con las manos desde lo alto de una torre, sino que abramos las puertas de la libertad desde la posesión de una información veraz. Y al servicio de esa vergonzosa empresa han puesto un gran acopio de medios técnicos, originalmente pensados para otras cosas, cuya fuerza principal radica en su desconocimiento por parte de la población que sufre sus efectos. De ahí la importancia de llevar luz y taquígrafos —nuestra sencilla y eficaz *glaznot*— a una operación cuya fuerza estriba justamente en pasar desapercibida y en desacreditar todos los intentos de desenmascararla.

La desinformación no es una quimera. Se practica más o menos desde siempre y en todas partes, pero tiene una sede muy particular en la Sección A de la primera Dirección General del KGB. Ahí, en la *Mamada^Des'informatzia*, es donde ha encontrado su consagración técnica esa práctica tan antigua y tan generalizada, que ya encontró en el doctor Góbbels un señalado pionero.

El término desinformación posee varias acepciones. Puede significar mera privación de información, esto es, no informar, esca- motear la noticia o parte de ella, censurarla, retenerla. Es un aspecto importante del problema, pero no el único. Desinformar significa también falsear la información, bien sea mintiendo más o menos descaradamente, bien sea por la vía más sutil de disponer las noticias de tal manera, o de utilizar el lenguaje de tal forma que sea la propia persona que recibe la información la que llegue por sí misma a las conclusiones que pretende el desinformador, esto es, vea las cosas desde el punto de vista de éste, vea las cosas como le conviene al enemigo. Desinformar consiste igualmente en implantar en un grupo humano el lenguaje de otro, para llevarle a su terreno. Y por último, desinformar consiste asimismo en provocar estados de incertidumbre, de ansiedad, pánico o desconcierto y, por supuesto, de desmoralización que hagan a una población más dominable por el poder, o más vulnerable a las presiones de un eventual enemigo. En definitiva, pues, la desinformación es un medio eficaz, en el que se invierten cientos de millones de dólares,

DESINFORMATIZA

LOS TRAMPANTOJOS

para confundir a la sociedad mediante una manipulación de la palabra y de la imagen, que debilite sus defensas morales y utilice sus propias fuerzas contra sí misma. La desinformación es cualquier cosa menos una fantasía de mentes calenturientas, aunque su primera línea de defensa consiste justamente en difundir esa opinión. De ese modo, por temor a ser incluido en la nómina de los que ven marcianos y ovnis por todas partes, mucha gente que se sabe el tema no quiere hablar de él. A mí una más ya no me importa y trataré de poner al descubierto algunos de los trucos que creo que se utilizan en esta secreta guerra de los símbolos.

Igual que los prestidigitadores en la pista, los expertos de esta guerra de los medios, sobre todo en la televisión, pueblan la escena de ilusiones, trampas, enredos o artificios, que manejan con el claro propósito de hacerle ver al espectador lo que no es, o de disimular lo que es. De forma casi telegráfica, pues las circunstancias mandan, enumeraré algunos de estos trampantojos desinformativos que se nos sirven a veces donde menos lo esperamos.

El primero de los trucos consiste en desacreditar a todo el que trate de sacar a la luz pública un problema que se asocia a la mala ciencia ficción, a los delirios de los visionarios, o a las artimañas de los reaccionarios que quieren detener así el ímpetu de la revolución. Como de hecho no es fácil tener información sobre la desinformación, esta línea de defensa funciona bastante bien y el asunto se mantiene en una penumbra favorable para los desinformadores.

La práctica de la desinformación parece basarse en una serie de principios más generales y de fórmulas muy específicas, entre las que creo que se cuentan las siguientes. Por lo pronto, la omisión total o parcial de los hechos relevantes, o en todo caso minimización. No se da la noticia, se da de modo escueto, fragmentariamente o en una hora y lugar que la hacen pasar desapercibida. El procedimiento, muy simple y en apariencia muy directo, tiene más trastienda de lo que parece por el hecho de que la demora en la noticia es un factor que debilita mucho su efecto. Lo mismo que un terremoto en un país lejano nos impresiona mucho menos que uno en la ciudad de al lado, así también las noticias retrasadas pierden gran parte de su efectividad, impresionan muchísimo menos que las que se dan en directo, o casi. Quitar a las noticias su carácter de actualidad es otro de los trucos que utiliza el falsificador de informaciones cuando éstas no favorecen al poder que sirven, como mercenarios o como adeptos.

Hay otra trampa muy utilizada que consiste en el sofisma de rechazar una noticia por sus consecuencias. Si alguien hace una crítica, pongamos por caso, de los sistemas marxistas, no se le responde a la crítica, sino que se le contesta: ¡ah, entonces lo que usted quiere es detener la revolución! O ayudar al capital. O más sencillo todavía: ¡Usted es un facha! El truco es muy sencillo: si usted critica esto, es que entonces quiere aquello, o sea, es que quiere algo indeseable y universalmente rechazado. De hecho existen hoy unas cuantas palabras tabú —autoritario, nazi, elitista, capitalista, etc.— que se lanzan contra todo aquél que se opone a las intenciones del desinformador, con una efectividad menos de-

tonante, pero no menos eficiente, que los cócteles Molotov o la goma dos.

Está también el sencillo y casi infalible ardid de presentar a un personaje esquiando, o haciendo deporte, a continuación de la noticia de alguna desgracia —por ejemplo, el hundimiento de una casa, una explosión de grisú en una mina—, con lo cual el efecto de simpatía que habría provocado la escena deportiva cambia de signo y fácilmente origina condenas para el personaje y críticas amargas. Este subterfugio, junto con el de redefinir las palabras, equiparando vaya por caso igualdad a masa, democracia a demagogia, libertad a libertinaje, autoridad a autoritarismo, religión a superstición o qué sé yo qué más, unido a la antiquísima y agradecida estratagema de colocar sambenitos a la gente, de asignar clisés, rótulos y etiquetas a las personas *non gratas*, confieren una temible potencia desinformadora a los medios que quieran usarla.

Hay otras muchas estrategias, como puede ser dirigir el foco de la información reiteradamente hacia problemas y países con cuyos problemas, ideas y lenguaje se nos quiere familiarizar. Según Elisabeth Noelle-Neumann con este procedimiento se puede llegar a cambiar hasta la imagen que un pueblo —en este caso, el alemán— tiene de sí mismo, y desde luego con procedimientos similares se aviva el fuego de otros problemas como los familiares, los de la sexualidad y la violencia, etc. Algunas de las estratagemas que se usan son muy sutiles y suelen tener como instrumento preferido la estructura del discurso. Uno de estos artificios —indirectamente ya lo apuntamos antes— consiste en presentar como dilema lo que en realidad es un simple contraste o una diferencia. También se utiliza mucho el abuso de los cuantificadores, usando la parte por el todo, yendo de lo singular a lo colectivo, afirmando que «esto dice la gente», cuando en realidad quienes lo dicen o lo hacen son unas pocas personas que no representan nada. Es la táctica que utilizan los pequeños grupos de alborotadores que son siempre los mismos, cuatro gatos sin entidad alguna, pero que al salir en la foto logran una multiplicación virtual de su imagen y parecen lo que no son, con lo cual ya son. O igualmente el subterfugio de valorar algo insignificante por el hecho de que se opuso en su día a la dictadura o a Dios sabe qué, mientras en cambio se ignoran aquellos verdaderos valores que, por serlo, no entran en el juego de las falsedades.

Todo esto, en definitiva, y un sin fin de cosas más que no me es posible contar ahora, pero que se puede leer en el último libro de Jean Francois Revel, puede hacerse hoy con la ayuda de medios como la televisión e incluso la prensa: medios que son capaces de manejar los estímulos de las cosas sin las cosas, medios que pueden producir en el espectador una impresión de realidad que no se corresponde con la verdadera realidad, medios que constituyen un auténtico poder mediático. Por todo ello es por lo que, cuando me pidieron este artículo, pensé que en nuestro tiempo la defensa de la información pasa también por el desenmascaramiento de ese impalpable pulpo de infinitos tentáculos que es la desinformación, que cuenta con la indiferencia de la gente ante estos temas y cuyo poder depende sobre todo de pasar desapercibido. Así dicen que opera el diablo. Y vaya uno a saber.